

Valentina Torres Reyes

## **Ascenso a las Moyas: Entre la niebla y la crisis del agua**

El encuentro comenzó temprano, a las siete de la mañana. En la entrada del sendero, un grupo diverso de personas esperaba con ansias el acceso a lo que prometía ser un paraíso natural dentro de la ciudad. Me sorprendió descubrir que, a pesar de la aparente lejanía del sendero de Las Moyas, su acceso estaba rodeado por edificios y conjuntos residenciales. ¿Cómo era posible que nunca hubiera oído hablar de este lugar estando tan cerca?

Al iniciar la caminata, la emoción del grupo era palpable. A un costado del camino, distinguimos una pequeña huerta, visible solo a la distancia. También observamos las pacas, depósitos donde los residuos orgánicos de los edificios cercanos se transforman en compost, reduciendo el impacto ambiental y evitando su llegada al relleno sanitario de Doña Juana.

Conforme ascendíamos, el terreno se volvía más empinado y rocoso, haciendo que el esfuerzo físico aumentara cada vez más. La sed y el cansancio comenzaron a manifestarse; mi botella de agua se vació rápidamente y, a medida que el clima paramuno se hacía presente, fui dejando atrás mis accesorios para el frío. Gorro, bufanda y chaqueta quedaron relegados a mi mochila mientras el sudor se volvía más intenso.

A mayor altura, un cambio sutil pero profundo transformó la experiencia: los sonidos de la ciudad se fueron apagando. El bullicio de los autos se desvaneció, reemplazado por el canto de los pájaros, que llenaban el ambiente con una serenidad difícil de encontrar en el entorno urbano. El suelo también mutaba con la altitud: tramos de roca firme alternaban con superficies lodosas y arcillosas que dificultaban el paso. Pero el verdadero desafío llegó con la lluvia, que convirtió el sendero en un resbaladizo laberinto de barro.

La ciudad quedaba cada vez más lejos, tanto en el paisaje como en mi mente. Desde los miradores intenté reconocer mi casa y la universidad, pero la niebla envolvía la vista hasta hacerla desaparecer. Fue entonces cuando alcanzamos la zona más impactante del recorrido: el páramo.

Aquí, entre la neblina y el frío, pensé mucho en la crisis del agua en Bogotá. Frente a mí, los frailejones, con su apariencia tierna y aterciopelada, se revelaban como piezas clave en el equilibrio hídrico. Algunas plantas, visiblemente más antiguas, estaban rodeadas por hileras de hojas secas y amontonadas en su base, señales de su lento ciclo de vida. Al tocar su superficie, noté el rocío atrapado en su pelusa; al presionar ligeramente sus hojas, unas gotas de agua emergieron como prueba de su capacidad para capturar y almacenar la humedad.

Pero no todos los frailejones estaban en buen estado. Algunos lucían quemados, lo que me hizo pensar en la fragilidad de estos ecosistemas y su conexión con la escasez de agua. Como hemos discutido en clase, la mayoría del agua de Bogotá proviene de los páramos, y los

frailejones desempeñan un papel irremplazable en este ciclo. Son de las pocas especies capaces de captar el vapor de agua de los llamados ríos voladores, condensarlo y liberarlo lentamente en los ríos que abastecen la ciudad. Su carácter endémico los vuelve irrepetibles en el mundo, y su pérdida significaría un daño irreparable para los ecosistemas y para quienes dependemos de ellos. Haber subido este sendero, me hizo pensar en todos los factores que hay en juego para que yo pueda tener acceso al agua con tan solo abrir el grifo. Fue una experiencia enriquecedora, conocí personas nuevas, me divertí pero lo más importante tuve el verdadero honor y placer de conocer a los frailejones, a los cuales debo mi vida y existencia.



